

que era. Si se ha maleado, todo lo que puede decirse, á fe mía, es que podía haber mejorado.

— Es un lodazal — dijo Esteban, moviendo la cabeza y dirigiéndose á la puerta. — Es un verdadero lodazal, y no otra cosa.

— ¡Escuche V. un instante! — repuso el Sr. Bounderby, para despido. — Las opiniones de V., que llamaré sacrilegas, han herido á esta señora. Como le he dicho, se trata de una dama bien nacida y que, como también le he dicho, no ha dejado de tener sus disgustos matrimoniales, ¡apoyada en algunas decenas de miles de libras, . . . decenas de miles de libras! . . . — (Repitió estas cifras con aire de gastrónomo entendido) — Usted, hasta aquí, ha sido un obrero arreglado; pero creo, se lo digo francamente, que va V. á ir por mal camino. Sin duda ha escuchado V. á algún extranjero subversivo (pues éstos no faltan, por ahí) y lo mejor que puede V. hacer, es salirse de aquel sendero. Ya sabe... (aquí los rasgos del Sr Bounderby expresaron una fineza maravillosa)... que veo más allá de la punta de mi nariz, quizá porque me la tuvieron junto al molino: cuando era joven, me las hicieron ver muy duras. Entreveo ahí síntomas de sopa de tortuga y caza con cuchara de oro. Sí, lo entreveo — dijo el Sr Bounderby, moviendo la

cabeza con astucia obstinada — ¡ Por lord Harry, que lo entreveo !

Esteban respondió, con movimiento de cabeza muy distinto y un largo suspiro :

— Gracias, señor. Buenos días tenga V.

Y dejó al Sr. Bounderby hinchado de orgullo ante su retrato, que pendía de la pared del comedor, mientras que la Sra Sparsit seguía cavalcando despacio, con un pié en el estribo y la cara algo entristecida por los vicios de la gente del pueblo.

CAPÍTULO XII

LA VIEJA

El pobre Esteban bajó por los peldaños blancos, cerrando tras sí la puerta negra, adornada con una placa de cobre, con un pomo del mismo metal, del que se despidió, frotándolo con la manga de su vestido, cuando vió que el calor de su mano había empañado su brillo. Atravesó la calle, con los ojos fijos en el suelo, y alejóse tristemente, hasta que sintió el peso de una mano en su hombro.

No era la mano que en tal momento le hubiera sido de mayor necesidad, la mano que hubiera podido calmar la tribulación tempes-

tuosa de su alma, como la de un Dios de amor y de paciencia sublimes, que tuvieran, extendiéndose, el poder de apaciguar el mar irritado. Y, sin embargo, era la mano de una mujer que le detenía. La mirada del obrero, cuando éste se paró y volvióse, fué á dar sobre una mujer vieja, alta y bien conservada, aunque arrugada por los años. Vestía con limpieza y sencillez; en sus zapatos llevaba barro del campo, — por lo que se colegía que llegaba de viaje. Sus maneras agitadas, en medio del ruido desacostumbrado de las calles, el segundo mantón que llevaba en el brazo, el recio paraguas y el cestito, los guantes demasiado anchos, con dedos excesivamente extensos, á los que las manos no estaban hechas; todo denunciaba á una payesa, vestida modestamente de fiesta, haciendo en Cokeville una aparición rara, como los días hermosos. Vió esto de una ojeada, con la perspicacia súbita de la gente de su clase y, para hacerle entender mejor lo que tenía que decirle, inclinó hacia ella su rostro, con la expresión atenta y concentrada que se advierte en el semblante de un sordo ó, lo que es lo mismo, de uno de los obreros que están obligados, como Esteban, á trabajar constantemente con los ojos y las manos, en medio de un alboroto ensordecedor.

— Dispéñeme V., señor ¿pero no acaba V. de salir de esa casa? — designando á la del Sr. Bounderby. — Creo que es V., si no he perdido de vista á la persona que seguía.

— Sí, señora — replicó Esteban. — Soy yo.

— Ha... Excusará V. la curiosidad de una vieja... ¿Ha visto V. al señor?

— Sí, señora.

— Y ¿qué aspecto tenía? ¿Era robusto, animoso, franco y resuelto?

Mientras hablaba, se erguía y levantaba la cabeza, para dar relieve á las palabras con su actitud. Esteban creyó haber visto anteriormente, en cualquier parte, á esa mujer y que no le había gustado.

— ¡Sí! — replicó él, mirándola fija y atentamente — ofrecía ese aspecto.

— Y ¿tan bueno y fresco — dijo la vieja — como una manzana camuesa?

— Sí — respondió Esteban — Precisamente estaba comiendo y bebiendo. Gordo y tonante como un zángano.

— ¡Gracias! — dijo la vieja, con expresión de alegría infinita — ¡Gracias!

Ciertamente era la primera vez que encontrada á esta mujer. Sin embargo, tenía un recuerdo vago como de haber visto, quizá en sueños, á una vieja parecida.

Se puso á marchar junto á él. Esteban, condescendiendo al buen humor de su compañera, habló de nimiedades.

— Cokeville es una ciudad muy activa y populosa, ¿verdad?

A lo que ella respondió :

— En cuanto á eso, sí : terriblemente activa.

— Por lo que veo, llega V. del campo, ¿no es eso?

— Sí, — contestó ella — he venido esta mañana en tren exprés. He hecho cuarenta millas y esta tarde las volveré á recorrer. Esta mañana, antes de llegar á la estación, he tenido que andar diez millas y tendré que apenar con lo mismo esta noche, si no encuentro á nadie que me lleve en su carruaje durante el trayecto. Y, á pesar de mi edad, no me resiento mucho de ello — dijo la comunicativa viajera, con los ojos lucientes de orgullo.

— A fe mía, no. Pero no debe V. repetirlo con frecuencia ; señora !

— No, no. Solo una vez al año — contestó ella, moviendo la cabeza. — En esto gasto mis economías. Regularmente vengo para pasearme por las calles y ver al señor.

— ¿No más que para verlo?

— Esto basta — replicó ella, con mucha animación é interés. — ¡ No pido nada más ! Me he

paseado por aquí, en este lado de la calle, para ver salir al señor — añadió, volviendo la cabeza hacia la casa del Sr. Bounderby — pero este año se ha retrasado, y no he podido verle. Usted ha salido en lugar de él. De todos modos, puesto que he de marchar sin verle, después de venir exclusivamente para él, he podido encontrar á V., que ha visto al señor, y con esto tendré bastante.

Al pronunciar estas últimas palabras, miró á Esteban, tratando de fijar en su memoria la fisonomía del tejedor, y sus ojos se hicieron menos brillantes.

Haciendo largas concesiones á la diversidad de gustos y no queriendo rebelarse contra los patricios de Cokeville, el obrero halló tan extraño que se interesasen de tal modo por el Sr. Bounderby y se diesen tanta pena por verle, que la cosa le intrigó mucho. Pero en aquel momento pasaban per delante de la Iglesia y Esteban, fijándose en el reloj, aceleró el paso.

— ¿Va V. á su trabajo? — preguntó la vieja, apretando también el paso, sin que esto la incomodara en lo más mínimo.

— Sí; y tengo el tiempo justo.

Cuando hubo él manifestado donde trabajaba, la vieja se hizo más sorprendente que nunca.

— ¿No es V. muy feliz? — le preguntó.

— Por lo que toca á eso, cada cual tiene sus penas, señora.

De esta manera eludió la cuestión, pues la vieja parecía estar convencida de que era dichoso. De allí que él no tuviera ánimo de desilusionarla. Bien sabía él que no faltaban penas en el mundo; y si la vieja, después de haber vivido tanto tiempo, podía creerlo exento de su parte de aflicción, mejor para ella. ¿Qué le importaba esto á él?

— Sí, sí; usted tiene sus penas, allí en su casa: ¿eso es lo que quiere decir? — repuso ella.

— A ratos. De vez en cuando — respondió él, con acento ligero.

— Pero, con un patrón como el de V., ¿las penas no seguirán hasta el taller?

No, no. No le seguían hasta allí, según dijo Esteban. Allí todo estaba bien ordenado, nada claudicaba. Sin embargo, no llegó á decir, para complacer á la vieja, que había allí una especie de imagen de la justicia divina; aunque yo he oído, durante estos últimos años, manifestar pretensiones tan estupendas.

Se hallaban ya en el oscuro camino transversal, que daba acceso á la fábrica, y los obreros llegaban en tropel. La campana repicaba, la culebra desenvolvía sus pliegues y el elefante

se disponía á empender su marcha. Todo lo admiraba la estraña vieja, hasta el sonido de la campana. Era uno de las mas agradables que hubiera oído, dijo ella: resultaba imponente.

Al detenerse Esteban para darle un apretón de manos, en señal de despedida, ella le preguntó cuanto tiempo hacía que trabajaba allí.

— Desde la edad de doce años — contestó él.

— Es preciso que yo bese la mano del que ha trabajado durante tanto tiempo en esta fábrica — exclamó ella.

Por más que tratara de impedirlo, le tomó la mano y la llevó á sus labios. A parte de su edad y de su sencillez, aquella vieja debía tener alguna secreta armonía, de que él no se daba cuenta, pues al besarle la mano, ¡cosa estraña!, mostró un no sé qué de natural y agradado. Tenia que ser precisamente ella, para dar á su conducta peregrina un aire tan serio y un carácter tan ingenuo y conmovedor.

Hacia ya media hora que estaba tejiendo y pensando en aquella vieja, cuando echó una mirada afuera, por una ventana cercana, y vió que la mujer estaba aun mirando la fábrica, con profunda admiración. Olvidándose del humo, del barro, de la lluvia y de sus largos viajes, contemplaba el edificio como si el zumbido

monótono de los diversos pisos formase una música de que ella estaba gozosa.

Pronto desapareció, junto con el día. Encendióse el gas, y el tren expreso pasó como un relámpago, á la vista del palacio encantado, sobre el vecino viaducto. Poco se le oyó en medio del ruido de la maquinaria. Desde largo rato el pensamiento había llevado el espíritu de Esteban á la habitación oscura, encima de la pequeña tienda, y hacia aquella vergonzosa forma, pesada y yacente en el suelo, pero aun más pesada en su corazón.

La maquinaria aflojó su marcha, que se hizo cada vez más lenta, palpitando débilmente, como el pulso de un enfermo. Después se paró. La campana volvió á doblar, el brillo de la luz y el calor se desvanecieron, y las fábricas dibujaron sus formas indistintas y macizas en la noche húmeda y negra. Sus largas chimeneas se elevaron por los aires, como rivales de la torre de Babel.

No habían pasado aún veinticuatro horas desde que hablara con Raquel y diera un corto paseo con ella; pero luego ocurrió una nueva desgracia, que sólo ella podía aliviar; y por esto, como también porque tenía necesidad de oír la única voz que pudiera calmar su cólera, se creyó obligado, contrariando su ruego, á

esperarla una vez más. Aguardó; pero ya le había escapado de nuevo. Había salido. De todas las noches del año era aquella la más dura para él, si no podía ver la cara dulce y paciente de su amiga.

¡Oh! ¿no hubiera sido mejor ignorar donde descansar la cabeza, que tener una habitación y no atreverse á ir á ella, por semejante motivo? No obstante, comió y bebió, pues estaba extenuado, aunque no sabía lo que comía y bebía, no preocupándose tampoco de ello; y se echó á divagar, bajo la lluvia glacial, pensando en su desgracia y acariciando pensamientos sombríos.

Nunca, entre los dos, se había tratado de un nuevo matrimonio; pero desde algunos años Raquel venía demostrándole piedad; ella era la única á la cual había abierto su corazón, la única á quien había confiado sus penas; sabía que de estar él libre, consentiría en casarse. Pensaba en el hogar á que podría dirigirse con felicidad y orgullo, en aquel momento; en esta nueva unión que hubiera podido hacer de él otro hombre; en el regocijo que entonces hubiera alegrado su corazón, hoy tan abrumado por la tristeza; en el honor, en el respeto de sí mismo, en la tranquilidad de espíritu que hubiera encontrado y que hoy veía rodando por los suelos. Pensaba en el derroche inútil de sus

mejores años, en el cambio fatal que se operaba en su espíritu, siempre más irritado; en la existencia horrible de un hombre atado, de pies y manos, á una mujer muerta y atormentado por un demonio que adquiría la forma de ese cadáver. Pensaba en Raquel, tan joven, cuando las consecuencias de su matrimonio le acercaron á ella, tan madura ahora y empezando ya casi á pasar de la edad provecha. Pensó en todas las chicas y mujeres que ella había visto casarse, en todos los hogares animados por niños que ella viera criar á su alrededor; en la resignación que había puesto en seguir, á causa de él, un sendero tranquilo y solitario; en la sombra de tristeza que alguna vez había columbrado en su rostro querido y que le causaba remordimiento y desesperación. Evocó la figura de Raquel, para ponerla enfrente de la de su infame mujer, que encontrara el día anterior en su casa, y preguntó si era posible que la existencia terrestre de un ser dulce, bueno y fiel se sacrificase del todo por una criatura envilecida.

Absorto en estos pensamientos, de manera que su corazón hinchado parecía que debiera estallar, no viendo en su forma real los objetos por delante de los cuales pasaba en su camino, mientras el círculo irisado de sus sienas

brumosas tomaba de sus ojos conmovidos cierto color de sangre, Esteban entró en el asilo de su techo doméstico.

CAPÍTULO XIII

RAQUEL

Ardía una bujía en aquella ventana, á la que se había aplicado tantos veces la escalera negra, para hacer deslizar por ella al ser más querido de una madre, viuda en lo sucesivo y condenada á trabajar para su rebaño de hijos hambrientos. Esteban añadió á sus demás pensamientos la reflexión sombría de que, entre todas las eventualidades de nuestra existencia terrestre, ninguna se nos adjudica tan injustamente como la muerte. Para ella de nada sirve la desigualdad de nacimiento. Supongamos que el hijo de un rey y el hijo de un tejedor nacen esta noche á la misma hora: ¿qué contraste es ese, pues, que hace morir á la criatura útil y querida, dejando subsistir á la mujer beoda?

Penetró en su casa, siempre con el rostro sombrío, con paso lento y aguantándose la respiración. Llegó á la puerta y la abrió, entrando luego en su cuarto.